

Juan Alberto Blanco Puentes *

Roberto Juarroz o el vacío de la Modernidad

*Vivimos entre límites y sin embargo,
en lo más entrañable,
uno siente que no hay límites*
Roberto Juarroz

a susana blanco

Muchas palabras han surgido de la nada, del vacío, del silencio y a pesar del invierno que vive el hombre la nada se ha escondido bajo las sombras para no empaparse de olvido, para evitar caer en el recuerdo: allí donde las ramas de la memoria se desnudan gracias al viento que trata de alcanzar el sonido del vacío.

He decidido empezar así, pues lo que presento a continuación es el resultado inacabado de la relación de complemento que se puede establecer entre el autor y el lector, mediada por el poema “intencionalmente incompleto. Algo sin acabar, sin terminar, que nos llega como parte de la expresión humana para que nosotros lo completemos” (Juarroz, 1980: 9). Cuando el autor habla de nosotros, no sólo se refiere al “yo”, al “tú” y al “él”, sino a “nosotros” incluyéndolos a “ellos”.

De las sesiones de lectura que se han tenido ha sobrevivido la idea del vacío y la del ser que cae en él, y en su caída vertiginosa se dirige al fondo, pero el

* Licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Magister en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana.

vacío da un giro y ahora el fondo se convierte en la superficie. El ser es entonces un viajero en el abismo de las cosas que habitan la eterna caída del hombre, como la eterna caída de los dioses, aquellos que hacen la historia:

Es la historia que transcurre desde el fondo,
la historia sin historia y con historia
que reúne en un ramo sin lazo
el aroma del ser
y la fragancia de la nada.

(Juarroz, 1958).

La nada aparece entonces, apta para el olfato. Los sentidos son los instrumentos de navegación del ser en el mar de la nada. Sentidos que transitan al pasar la noche sin que los recuerdos permeables de la memoria repiquen tratando de ganarle la carrera al viento. Noche abandonada a la orilla del cielo, que pareciera enmudecer a causa del dolor presente en el vacío. Nada ocurre sin la voluntad divina, nada hay aquí posible sin el intermedio de los dioses. Uno o varios, solos siempre, cuando al hombre se le ocurrió negarlos se encontró preso de su propia imagen, tanto así que Narciso (Ovidio: 87-92) abrazó la muerte, aquella con la que comienza el infinito:

Señor
Estamos cansados de tus días
y tus noches.
Tu luz es demasiado barata
y se va con lamentable frecuencia.
(...)
Señor
Nos aburren tus auroras
y nos tienen fastidiados
tus escandalosos crepúsculos.
(...)
Señor
Deja que ahora
el mundo gire al revés
para que las tardes sean por la mañana
y las mañanas sean por la tarde.
O por lo menos
— Señor —
si no puedes complacernos
entonces

— Señor —
te suplicamos todos los bostezadores
que transfieras tus crepúsculos
para las 12 del día
Amén.

(Vidales, 1986: 108-109).

La visión se fusiona con la oscuridad para ver la luz al final de la caverna; las luciérnagas vigilan la noche como caballeros en la alta torre a la espera de la luciérnaga mayor: esa que es capaz de abandonar la noche y recorrer el mundo de día:

Y otra vez, con los ojos abiertos,
una manotea y encuentra el pozo dentro de uno mismo,
como si hablar no fuera una torre de humo.

(Juarroz, 1978).

Además, el sonido del silencio retumba gracias a la voz del poeta-lector que trata de ver el mundo: sus hechos y objetos, pero a su vez va más allá de las cosas mismas, cuando ha terminado de originar el mundo su voz se hace presente. La memoria del tiempo aún recuerda el primer verso: “*Hágase la luz*”,¹ la voz retumbó en el comienzo de la eternidad. La palabra tomó fuerza y a la vez presencia. La voz se hizo inalcanzable y por siempre escuchable:

No se trata de hablar,
ni tampoco de callar;
se trata de abrir algo
entre la palabra y el silencio.

(Juarroz, 1988: 10)

Es más:

El mundo es un llamado desnudo,
una voz y no un nombre,
una voz con su propio eco a cuestas.

(Juarroz, 1974)

La voz, entonces, es el viaje en el vacío del viento. Es la única capaz de desconocer cualquier categoría temporal, llegando a eternidades sin límite

1 Libro del “Génesis”, Capítulo uno, versículo tres: “Dijo Dios: “Haya Luz”, y “hubo luz.”

donde se mezclan la voz y las voces: el eco repite la voz y se repite a sí mismo. La multiplicidad de voces niega la soledad pero afirma la individualidad del eco que asesina el espacio del silencio, de la caída:

Hay espacios con una sola voz,
espacios con muchas voces
y hasta espacios sin ninguna,
pero todo espacio está solo,
más solo que aquello que contiene.

(Juarroz, 1988: 14).

El hombre es su propio dios, el dios de los otros abandonó su trono y ha dejado al hombre, solo, en su abismo terrenal. La nada los separa y únicamente con la palabra el hombre puede lograr la atención del mundo que cae en su propio espacio:

No sé si todo es dios.
No sé si algo es dios.
Pero toda palabra nombra a dios:
Zapato, huelga, corazón, colectivo.

(Juarroz, 1976).

Se creó una palabra celestial, capaz de soportar el vaivén del clima, capaz de ser leída con luna y cielo gris; capaz de leerse cuando el reloj navega sin tiempo. Esta es una escritura que traspasó la eternidad e inició el infinito (la mayor categoría del vacío); es una escritura inmune al rompimiento, al poder de los dioses, capaz de callar el silencio del desierto:

Un escritura que soporte el infinito,
las grietas que se reparten como el polen,
la lectura sin piedad de los dioses,
la lectura iletrada del desierto.

(Juarroz, 1988: 11).

Las grietas han abarcado la totalidad, incluso las palabras se han fragmentado. Están, de cierta manera, trocadas. La palabra necesita de un yeso para recomponer su cuerpo, para evitar que su significado se trastoque y produzca un caos en el mundo del entendimiento. El dolor que siente la palabra al romperse sus articulaciones es el mismo dolor que siente el viajero del vacío cuando su voz se revierte en eco de las cosas que pertenecen al mundo, aquel que se ve a sí mismo a través de todas las edades del ser:

Reconquistar el olvidado balbuceo
que hacía juego con el origen de las cosas
y dejar que los pedazos se peguen después solos,
como se sueldan los huesos y las ruinas.

(Juarroz, 1988: 12).

Además de las ruinas que el curioso encontrará, éste perderá su tiempo si quiere descubrir cosas que no hallará. Perderá la cargada en su espalda del pico y de la pala; el enterrador no tiene ya más fosos para llenar de cuerpos y mucho menos más tierra para esconder las secuelas del tiempo. Al final nada ni nadie queda. La vida se sigue sin testigos, sin ojos que traten de entender las sombras; y sin sentidos que busquen aprender del pasado para estar presentes en el futuro:

Y menos mal que no habrá nadie
para escarbar luego bien hondo
y descubrir que no hay nada enterrado.

(Juarroz, 1995).

El lector, de cierta manera, es el enterrador o sepulturero de la palabra. Pero su función, a diferencia de los que usan pico y pala, es la de exhumar la palabra que no está sepultada pero que de cierta manera está oculta. La palabra existe entre el autor y el lector y a través de la nada pasa del uno al otro. Y aquí, en este punto, se explica lo que se pretende decir:

El viento que viene y el viento que va
no son nada, en realidad, del tiempo.
El tiempo en otro sitio, donde el hombre,
capaz de su destino, trazó el aire,
el arma de sus sueños, y la tierra
labró para guardarse en ella.

(Cote, 1976).

Aquí, el ser se encontró con que la mayor negación del sentimiento es el sentimiento mismo, así que caminando sin ver atrás le ha dado por sentirse humano: ser capaz de preguntarse por qué el futuro no tiene tiempo como el pasado, si sabe que el presente lo lleva de la mano. A pesar de ello aún se pregunta qué ocurrió con su presencia en la historia, acaso no fue suficiente con saber que su cuerpo se convirtió en abono de tierras áridas:

Y hasta mí viene su voz en esta tarde:
—viene a través de montes impávidos,
de los ríos inquietos, del desierto que arde—
a perfumar mis sentimientos ávidos.

(Greiff, 1995: 45).

La poética de Roberto Juarroz provee al lector de una nueva manera de ver el mundo; una manera que va más allá de la simple presencia de lo humano. El poeta es un pequeño dios, como dice Vicente Huidobro, y es por ello que la palabra de Juarroz no sólo se hace presencia en la ausencia, sino que sitúa al ser en un viaje al fondo de sí mismo para que cuando termine de conocerse intente interpretar el mundo logrando con ello alcanzar el sol que acabará con “*el frío de la nada*”.²

Para Roberto Juarroz la poesía es el espacio de lo imposible, de lo indecible, la poesía tiende a lo absoluto, a lo extremo y a lo ilimitado; la poesía es expresión por medio de la palabra; la poesía es un quehacer en el abismo; asimismo la poesía no solamente nombra sin desnombrar para poder transnombrar. Es decir, sentir la ausencia como presencia. Para terminar en una experiencia de la palabra que está basada en la necesidad y la intensidad para permitirse tener un acto de fe en sí misma:

Me miro en un espejo
y mi imagen no existe

Me miro en un espejo que no existe
y mi imagen existe

La imagen crea el espejo
el espejo es la imagen de la imagen.

(Juarroz, 1988: 37).

De igual forma, y sin ser menos importante, se puede completar el decálogo de acercamiento a la poesía de Roberto Juarroz, afirmando que el poeta moderno debe unir el pensar, el sentir, el imaginar, el amar y el crear, puesto que se vive el poema como una explosión de ser para dibujar el lenguaje. Teniendo en cuenta que de lo que se trata es de ir más allá del pensamiento y el lenguaje binarios, es decir, dar un paso más allá de la antítesis. Y lo mejor para ello es

2 José Asunción Silva, “Nocturno III”.

el poema vertical, como estructura dialéctica. Descender y ascender en forma simultánea. El fin de la poesía será la verticalidad, la profundidad o la altura: filosofía de la acción versus filosofía del acto:

Toda luz es un fracaso
ninguna puede sostenernos
nos aferramos a la luz
como un animal que se pendiera con sus garras
de una cornisa suelta en el vacío

Pero la luz es un reflejo en el vacío
o tal vez un reflejo del vacío
y nada se sostiene en un reflejo
menos aún de un reflejo de la nada
ni siquiera otro reflejo,
ni siquiera otro vacío

Sin embargo,
¿Qué sostiene a la luz?

(Juarroz, 1988: 38).

Y la realidad que existe en sí misma y que es capaz de transformarse en otra, es en ocasiones una dimensión alterna que desconozco por ignorancia, pero que fluye al ritmo de mi andar por la única realidad que aparentemente conozco, y que me permite entender la palabra. Palabra, en sí, que es imagen de las realidades vistas según la particularidad de todos. La palabra crea la realidad, la realidad se recrea en la otra realidad: la del concepto:

Y hay días en que somos tan lúgubres, tan lúgubres,
como en las noches lúgubres el llanto del pinar.
El alma gime entonces bajo el dolor del mundo,
y acaso ni Dios mismo nos pueda consolar.³

Sin embargo, caer en la repetición es sólo falsear esa realidad que de una u otra manera pretende hacerse presente aunque la imaginación sea también un vacío en el que anida la realidad. Entonces la palabra se hace multidimensional y se convierte en el espejo en que mundos posibles se hacen presentes y jamás acabados:

3 Profirio Barba Jacob, "Canción de la vida profunda".

El tiempo que nos hace y nos deshace
deja el tictac del corazón del mundo
en sus páginas blancas donde se escriben nuestras vidas
páginas del libro que contiene
un solo cuerpo —tuyo y mío—,
espejo en el espejo
en que le mundo descifra sus enigmas.

Amor, tiempo, palabra
comienzo y fin,
relámpago
de sangre que ilumina
la sombra del vacío.

Voces del tacto deletrean
la escritura del sueño,
páginas del libro del Cantar de los Amores,
minutos, besos, gritos:
palabras en el tiempo con sabor a esencia.⁴

El ocaso del tiempo ha empezado a entonar las notas de la última sonata que habrá de escuchar el mundo: el fin del tiempo pareciera acercarse, pero aún así la humanidad se reúne a celebrar cómo el tiempo se sucede a sí mismo y cómo nos encontramos cantando el poder de los sentidos: un mundo distante se convierte en el objeto a desear, la perfección es consecuencia de Dios y para ello es necesario atravesar el limbo de la nada y atreverse a ver el mundo desde otra perspectiva:

Entre el eco iracundo de ladridos violentos,
sobre un rastro de dantas va la ronca jauría,
por raudales trementes, por la chamba sombría,
revolcando los montes y mordiendo los vientos.

(Rivera, 1985:34)

Aún sin saber cómo, el hombre entró en la historia, se hizo agente, se fue multiplicando. Ha pasado la vida entre la creación y la evolución. En cierta

4 Carlos Martín, "Escritura del sueño".

parte del camino hacia el futuro se encontró en medio de la modernidad,⁵ con sus múltiples facetas, sus innumerables voces, sus diversas formas de anonimato. Se encontró cerca de todo pero dentro de la nada; aquí se hizo eterno, se perdió, se buscó y se halló. Con pasos agigantados que le mantenían en rápido movimiento encontró el vacío, el exilio dentro de sí. Camina taciturno por la ciudad cartesiana, se encuentra con seres tan extraños para él como lo es él para los demás:

Voz del exilio, voz de pozo cegado,
voz huérfana, gran voz que se levanta
como hierba profunda o pezuña de bestia,
voz sorda del exilio,
hoy ha brotado como una espesa sangre
reclamando mansamente su lugar
en algún sitio del mundo.

(Mutis, 1997: 95-96)

Camina pausado ahora, trata de comprender en qué instante el mundo dejó de ser una pequeña aldea en la cual todos trataban de permanecer. Hoy la post-modernidad, por llamarle de alguna manera, se lo encontró: las fantasías ya no tienen que existir; la imaginación viene en cápsulas; los sentidos se trastocan hasta ver sonidos y escuchar colores: voces de la fragmentación:

Voces que vienen de los trenes
de los buses de colegio
de los tranvías de barriada
de las tibias frazadas tendidas al sol
de las goletas
de los triciclos
de los muñequeros de vírgenes infames
del cuarto piso de los seminarios
de los parques públicos
de algunas piezas de pensión
y de otras muchas moradas diurnas del miedo.

(Mutis, 1997: 39-40)

5 “En la modernidad hay un vacío de tradición y los cambios sucesivos desintegran la identidad de las masas e imponen una superrealidad más densa y homogeneizante que algunos teóricos del pensamiento crítico contemporáneo han dado en llamar la era del vacío”. F. Giraldo y H. López (1994: 251).

Ecos, murmullos, ecos, gritos, gemidos, ecos; mezclas cromáticas que falsean el arco iris, gotas de lluvia que saben a cielo recién inaugurado, destellos de luces que prefiguran la existencia del no tiempo; las musas de las que hablaba Homero⁶ tienen otra presentación: las envolturas de la gente vienen catalogadas por coordenadas de acción que traspasan las no fronteras de la modernidad, perdón, de la post-modernidad que ya tiene otro rótulo: contemporaneidad⁷. Un nuevo afán en el camino que nos conduce hacia el comienzo del nuevo exilio: fuera, en el cosmos y con otras voces.

Bibliografía

- Cote Lamus, Eduardo (1976). *Obra Literaria*. Bogotá: Colcultura.
- Cruz Kronfly, Fernando (1998). *La tierra que atardece. Ensayos de modernidad y contemporaneidad*. Bogotá: Ariel Editores.
- García Maffla, Jaime (1996). *Antología. Poesía colombiana e hispanoamericana*. Bogotá: Panamericana Editorial.
- Greiff, León de (1995). *Obra Dispersa. Poesía-Prosa (1913-1955)*. Vol. I. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Homero (1986). *La Iliada*. Bogotá: Montaña Mágica.
- Juarroz, Roberto (1980). *Poesía y Creación. Diálogos con Guillermo Boido*. Buenos Aires: Carlos Lohlé.
- _____ (1958). *Poesía Vertical*. Buenos Aires: Equis.
- _____ (1974). *Poesía Vertical*. Barcelona: Seix Barral.
- _____ (1976). *Poesía Vertical (1958-1975)*. Caracas: Monte Ávila.
- _____ (1978). *Poesía Vertical: Antología Mayor*. Buenos Aires: Carlos Lohlé.
- _____ (1988). *Undécima Poesía Vertical*. Valencia: Pretextos.

6 “Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves —cumplíase la voluntad de Zeus— desde que se separaron disputando el Atrida, rey de los hombres, y el divino Aquiles” (Homero, 1986: 364).

7 “El afán por lo contemporáneo es entonces un afán fundamentalmente ligado al encanto ejercido por la civilización técnico instrumental y todo lo que se reúne a su alrededor” (Cruz, 1998: 30).

- Juarroz, Roberto (1995). *Antología Completa*. Tomos I y II. Buenos Aires: Losada.
- Martín, Rene (1988). *Diccionario de Mitología Clásica*. España: Editorial Espasa Calpe.
- Mutis, Álvaro (1997). *Obra Poética*. Bogotá: Arango Editores.
- Ovidio. *Las Metamorfosis*. Barcelona: Editorial Bruguera, s/f.
- Rivera, José Eustasio (1985). *Tierra de Promisión*. Bogotá: El Áncora Editores.
- Silva, José Asunción (1984). *Poesía y Prosa*. Bogotá: Círculo de Lectores.
- VV.AA: *Historia de la Poesía Colombiana*. Bogotá: Casa de Poesía Silva, 1991.
- Vidales, Luis (1986). *Suenan Timbres*. Bogotá: Plaza y Janes Editores.
- Viviescas, F. y Giraldo, F. (comps.). (1994). *Colombia: el despertar de la modernidad*. Bogotá: Foro Nacional por Colombia.